



Retrato de don Ignacio Domeyko y su esposa doña Enriqueta Sotomayor Guzmán,
tomado en 1846.

DOMEYKO EN LA EVOLUCION CULTURAL DE CHILE

por Guillermo Feliú Cruz

DISCURSO PRONUNCIADO EN NOMBRE
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y DE LA FACULTAD
DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Todavía en los albores del siglo XIX prevalecía en Chile, como era natural, señores, la sombra del pensamiento del humanismo clásico español del XVIII, de vernácula tradición castellana. Vigorosamente definido por los espíritus formados en los claustros de la Universidad de San Felipe, o bien, acogido en los estudios de los letrados, o, por fin, desenvuelto por los hombres de inteligencias permeables y curiosas; habíanlo captado individuos como Manuel de Salas, José Antonio Rojas, José Miguel Infante, Juan Egaña, Ramón Rozas, José Perfecto de Salas, Juan Martínez de Rozas, Manuel Antonio Talavera, y otras mentes superiores que descollaban en el reducido cuadro de la élite intelectual de aquel tiempo. En la conformación mental de ellos no pesaba, con toda gravedad, la tendencia puramente teológica, el marco de hierro de la escolástica, las dos poderosas fuerzas que contenían el vuelo de las inteligencias, y que habían sido también las dos canalizaciones por donde caminó el pensamiento en la anterior centuria. Pugnaban ahora por acomodarse a la filosofía, un tanto racionalista, que venía de España, y que representaba, como una restauración de la más prístina tradición hispánica, un Feijóo, un Mayans Siscar, un Arteaga, un Masdeu, un Andrés, un Cerdá y Rico, un Lampillas y Hervás y un Panduro.

Tal pensamiento clásico no tendría una mayor permanencia ni en Chile ni en España ni en los demás dominios de Castilla en América. Habría de borrarlo uno nuevo y de contenido más poderoso por su atracción popular.

Pero entonces, en los comienzos del siglo XIX, el ideario clásico seguía nutriendo la vida de los hombres capaces de pensar en la vieja Capitanía General del Reino de Chile, en la que domi-

naba una organización institucional administrativa poderosa. Ella se cimentaba en una orgullosa concepción jurídica, a la que daba su mayor solidez moral una perfecta alianza entre la autoridad del representante del monarca y una clase aristocrática, dueña de la tierra, de la fortuna, del rango social, y condecorada con títulos nobiliarios que la hacían conservadora por esencia. Esa aristocracia había aprendido a mandar en sus tierras a los inquilinos que le debían su favor, y, en las ciudades, a los artesanos a quienes les daba la subsistencia, pagándoles su trabajo. Había demostrado esa altanera clase social condiciones de organización y de eficiencia en el ejercicio de la autoridad; y el progreso del dominio en el siglo XVIII era su obra, porque lo había impulsado proponiéndole a los gobernadores sus ideas, o apoyando las suyas, en una mutua comprensión de intereses para el bien común. Positiva en sus concepciones, económica en sus gastos, enemiga de las teorizaciones, unida estrechamente por los vínculos de las alianzas familiares entre sí, más o menos ilustrada, aunque marcadamente rural en la educación, amante enardecida de su tierra, la aristocracia chilena, sobre la cual actuaban las ideas del humanismo clásico español del siglo XVIII por simple presencia, carecía, sin embargo, de imaginación para darse cuenta del rol importantísimo que debía jugar en el porvenir del país. No fué capaz de ponerse a tono con la mudanza de las ideas que luego, antes de diez años, habrían de cambiar el pensamiento de pura tradición española por otro que no respondería en nada al suyo en lo político y social. Ese pensamiento advino con la crisis constitucional de 1810. No era todavía anti español, pero se iría afianzando en contra de la monarquía en el correr del tiempo, a medida que la lucha emancipadora fuera creando los odios y excitase las pasiones terribles de una verdadera guerra civil, que debían conducir fatalmente a la formación de los nuevos estados hispanoamericanos. En la concepción política, ese pensamiento lo alimentaban los enciclopedistas de la Francia de 1789. Era intrínsecamente racionalista en lo científico; sentimental y filantrópico en lo social; subjetivo y romántico en lo literario; republicano y democrático en lo político; individualista en la concepción del hombre; y anti clerical y hasta anti religioso en su actitud para con las creencias formadas por la fe.

Fué este mismo pensamiento, en el que se acodaban, perfecta

y armoniosamente, las ideas de la filosofía de la ilustración y las del enciclopedismo, el que dividió la unidad espiritual de España desde el advenimiento de los Borbones en 1700; agudizándolo entre los sostenedores del regalismo, del jansenismo, del episcopalismo o hispanismo, del filosofismo, del economismo y del liberalismo, cuyos ecos, en unos más, en unos menos, pasaron a América, con las integraciones del pensamiento de la escuela liberal inglesa y del norteamericano de Jefferson, Hamilton, Adams y Henry Clay.

Lo anti español, el odio a la tradición española, prevaleció en los nuevos estados hispanoamericanos mucho tiempo después de consumada la emancipación; y hasta de las formas literarias de la expresión hicieron solemne desprecio de la lengua de Castilla. Hablar de España fué como representarse la imagen de la tiranía y del despotismo político; evocar los hombres que habían enaltecido el genio de la raza en sus valores estéticos inmutables, fué como referirse a una literatura sepultada en el olvido de los siglos por su falta de universalidad; nombrar la ciencia española, fué señalar el momento en que el tiempo se detuvo para frustrar la acción creadora del pensamiento; tocar el régimen político español, quiso decir oscurantismo e incapacidad.

La quiebra de la tradición hispánica en los nuevos estados desnudió el fondo del alma de los criollos hispanoamericanos para saturarlos de las ideologías francesas, inglesas y norteamericanas, no concordantes siempre, y que al establecerlas en los pueblos recién emancipados debía dar por resultado la inestabilidad política y social que ofreció América en el cuadro histórico corrido desde 1810 hasta casi nuestros días.

Chile no escapó a esa etapa en la lucha por la organización del Estado entre 1810 y 1830. Aquí pudo frenarse debido a la sólida organización social tan entrecruzada por los lazos de familia, la misma comunidad de intereses agrícolas y comerciales y por el prestigio dominante de su aristocracia, que se basaba en servicios eminentes prestados al progreso de la Capitanía General, y en otros más eminentes, todavía, casi heroicos, en los crueles y angustiosos días de la lucha por la emancipación.

Por fuerte que haya sido el sentimiento anti español que en Chile, lo mismo que en otros países hispanoamericanos, se generó en el período de la lucha por la organización política del Es-

tado, los hombres que en el bando liberal deseaban desenvolver en el pueblo las ideas republicanas y democráticas y prepararlo para incorporarlo al ejercicio del gobierno con toda la dignidad que le atribuían a las virtudes de la representación popular, al afianzar por la educación las aptitudes intelectuales, desarrollarlas y crear hábitos políticos, esos mismos hombres, decimos, los de la avanzada liberal, propendían a contratar eminentes maestros extranjeros para producir la transformación política y social que habían soñado. Francisco Antonio Pinto, Manuel de Salas, Ventura Blanco Encalada, Juan Egaña, Camilo Héríquez, José Miguel Infante, eran los apóstoles de la renovación de la enseñanza. Sin quererlo propiciaban la reconstitución de la tradición española al contratar esos maestros, al mismo tiempo que ellos abrían el camino de las luces a las ciencias, a las letras y a las artes.

Durante el período en que afloró la era del pensamiento liberal o pipiolo, como se le llamó a este grupo de soñadores de un Estado idealmente organizado para la función política, dentro del juego republicano y democrático, se contrataron los profesores eminentes, humanistas de méritos singulares, que iban a anudar los hilos rotos de la tradición espiritual española con las nuevas corrientes del pensamiento intelectual científico europeo. Chile fué, tal vez, el primer país de América que atendió a la formación de una enseñanza científica y literaria de moldes europeos, renovada en los métodos ingleses del sistema lancasteriano para la segunda enseñanza, basada en las experiencias pestalozianas en la primaria, y ampliada en la superior al ideal del concepto universitario napoleónico, como lo quiso Mariano de Egaña en 1823 al crear la Academia Chilena.

En medio de las contrariedades más intensas por la situación económica, casi al borde de la bancarrota como consecuencia de las guerras de la independencia y del esfuerzo sobre humano de la organización de la Expedición Libertadora que garantizó la emancipación del continente, se daban esos pasos de reforma fundamental, para crear la cultura literaria y científica. Forzosamente esa enseñanza inclinábase a producir en el alumnado un espíritu de tolerancia, de examen de los hechos, de la causalidad científica y de valorización del humanismo en sus concepciones de las Artes y las Letras.

Ese período de nuestra historia intelectual lo cubre el que corre desde 1817 hasta 1830. Organizó la instrucción pública; creó los elementos de una buena administración financiera y presupuestaria; dió el estatuto de la administración civil; formó la ordenanza del ejército; le dió su estructura a la vida judicial; y entregó el Código Constitucional de 1828 demasiado liberal para un país que apenas nacía a la vida libre, sin hábitos ni prácticas políticas.

Es el período de oro de la organización republicana de Chile.

Y el cuadro fecundo del trabajo, como con lujo de luces, lo animan los hombres que entonces fueron contratados para difundir la enseñanza científica. Juan José Dauxion Lavaysse, José Alberto Backer d'Albe, Ambrosio Lozier y Pedro Chapuis, fueron los primeros que vinieron a servir este programa del partido liberal.

Siguiendo la huella de él, ya derribado el partido liberal y ejerciendo el poder su antagonista el partido pelucón, se contrataba, en 1830 a Claudio Gay, que debía inmortalizar su nombre con la "Historia Física y Política de Chile", que tanto crédito debía darle a nuestro país y lustre a los estadistas que supieron aquilatar los méritos del sabio francés. Esto en cuanto a las ciencias. En el campo del humanismo literario había correspondido también al liberalismo traer a Chile a José Joaquín de Mora y a Andrés Bello, este último en 1829, en plena vorágine revolucionaria que iba a marcar el ocaso del pipiolismo liberal.

Pero la semilla quedó en el surco y no iba a morir. ¿Qué de bienes no dejó la obra de Mora? Debía modelar el alma de la primera generación republicana, aquella nacida en 1817, y a la cual pertenecieron los varones esclarecidos que iniciarían el movimiento intelectual de 1842. José Victorino Lastarria, Manuel Antonio Tocornal, Antonio Varas, Salvador Sanfuentes, Antonio García Reyes, José Joaquín Vallejo, que iban a crear la literatura nacional. Mora era anárquico por temperamento, rebelde a las limitaciones de la inteligencia; pero en el fondo de su alma vibraba la herencia del pensamiento español por más que él buscara su renovación en las formas modernas de la concepción del mundo. Español él mismo, ilustre gaditano, contribuyó en Chile a suavizar el odio contra lo hispánico e hizo querer las joyas de la literatura

castellana que las nuevas generaciones nacidas después de 1817 comenzaban a olvidar. Fué también un lejano precursor del romanticismo.

Bello fué más grande aun en la reconstrucción del criterio científico en la enseñanza y en la restauración de la tradición literaria española. Pocas veces se ha dado en América un caso de formación intelectual más completa que la del caraqueño. Es el representante más caracterizado del humanismo clásico. En la Hélade bebió la belleza de la expresión estética y de la claridad de las ideas; del Lacio extrajo la profundidad jurídica y la contextura de un pensamiento realista; del alma castellana el calor de las imágenes; del espíritu francés el método que le permitió penetrar en los más abstrusos problemas de las ciencias; y de la concepción filosófica inglesa, el razonamiento maravilloso en un decir correcto y elegante. Bello se nos semeja a un hombre del Renacimiento; pero en su época un renacentista no tenía la amplitud del pensar a que el porvenir de las ciencias y de las artes habían conducido a las inteligencias en los hombres de su época.

Ya antes de ocupar el sillón rectoral de esta Universidad, su obra civilizadora había cuajado en una provechosa cosecha. Comenzó por el principio señalado por los romanos. Enseñó a hablar el idioma de Castilla a los chilenos; después le hizo entender el valor de la sintaxis como elemento de vida del idioma; hizo comprender el significado de los tiempos verbales y hasta divulgó los secretos de la ortografía del habla, tan mal fijados todavía y poco comprendidos en las acepciones etimológicas. Enseñó filosofía del entendimiento penetrando en la psicología de la escuela escocesa. Profundizó el Derecho, primero en las fuentes de origen románico, y después en las del español y francés, y todavía abrió las mentes de la juventud hacia el amor de las ciencias que estudian la naturaleza.

El arquetipo del hombre fuerte en una filosofía para entender la responsabilidad que le cabe en la vida, dotado de un agudo sentido para comprender el mundo físico en que se desenvuelve, consciente de la belleza que es capaz de sentir e interpretar las sensaciones que su obra produce, era lo que persiguió Bello con un afán incansable de apóstol y de redentor. A blandaba con sus enseñanzas el campo en que sus discípulos habrían de ha-

cer fructificar la cultura nacional. Sin embargo, el régimen político y la organización social del país no parecían aptos para cosechar todavía los frutos. Las expansiones de la inteligencia se ahogaban con el despotismo y la indiferencia de una oligarquía que había hecho suya este refrán, que es una revelación del estado de una época: "Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber nada te vale".

La sombra de Portales guiaba la mano de los estadistas pelucones para afirmar ese sistema restrictivo que había llevado al patíbulo a tantas víctimas como precio de la noción del orden, únicamente del orden.

Por los días de ese año de 1838, con sus horas de angustia por la libertad aherrojada, las inquietudes provocadas por una guerra internacional y las esperanzas que prometía una juventud con aspiraciones de renovación del pesado ambiente, llegó a Chile Ignacio Domeyko. Venía contratado como Profesor de Química y Mineralogía de la República de Chile. El título era pomposo y alucinante, pero, a la verdad, Domeyko llegaba a un país que era casi desconocido en Europa, e iba a ejercer su magisterio en una ciudad más desconocida todavía, porque La Serena ni siquiera era una referencia geográfica en el mundo europeo. Allí, en el liceo de la ciudad iba a profesar una cátedra de alta ciencia, pero que debió parecer a los mineros, a los prácticos, a los cateadores del norte chico, tan inútil, tan superflua, como si para buscar la veta del oro y la plata fuera preciso saber la teología. Sin embargo, la decisión de Domeyko de llegar hasta Chile delata la calidad de su espíritu científico. El país desconocido a que llegaba le abría horizontes sin límites a sus preocupaciones científicas; todo en él era nuevo. Sus montañas estaban vírgenes y nadie sabía lo que encerraban; los hombres, las costumbres, el conjunto de la naturaleza, se le presentaban como una fuente de información inagotable. Lo mismo había pensado Claudio Gay cuando arribó a las playas de Chile. Pero en Domeyko los sufrimientos morales lo alejaron con pena del ambiente europeo. Contaba entonces 36 años, pues había nacido en 1802, y las amarguras le daban al ceño el rictus del dolor. Era un expatriado. En la lucha por la independencia de Polonia el destino le jugó una mala partida. El estudiante de la Universidad de Vilna por los años de

1820 a 1821 conoció los horrores, las persecuciones, los oprobios de los zares de Rusia. Sufrió en las cárceles de Vilna, y escapó del destierro. Vivió en el campo consagrado a los estudios científicos y a acrecentar su formación literaria. La tiranía necesita víctimas para que se sienta la necesidad de la libertad; requiere que la dignidad del hombre sea humillada para que se comprendan los dones de la libertad. Tantas víctimas, tantos sufrimientos, no hicieron más que elevar las conciencias en un deseo ferviente de acabar con la esclavitud. En 1830, Domeyko luchaba por la independencia de Polonia con un triste resultado. La caída de Varsovia determinó su suerte: debió buscar refugio en Alemania y de allí marchar a París.

El emigrado había hecho estudios brillantes en la Universidad de Vilna, donde desde 1817 cursó los ramos de las ciencias físicas y naturales hasta obtener la licenciatura. En París le tocó seguir los cursos de Thenard, Dumas, Dulong, Pouillet, Bendaud y los de Dufrenoy, Berthier y Combes. Eran estos los mejores profesores en las ciencias naturales.

Estos antecedentes no podían pesar demasiado como credenciales en Chile donde el género de los estudios de Domeyko eran desconocidos. El profesor debía conquistarse su valimiento por sus propios méritos. Y Domeyko tenía las condiciones para ello. Era sencillo y bondadoso; armoniosamente equilibrado en su rol de hombre y de sabio. Vibraba en su espíritu la fe que transforma los obstáculos en alegrías. A los cuatro años de la residencia en Chile su nombre era conocido en el mundo santiaguino, y no descolló como un especialista en su ramo, sino como un humanista de consideración.

Domeyko contribuyó con su pluma a vigorizar el movimiento literario de 1842, dándole consistencia intelectual.

Aunque entre 1837 y 1842, el sabio joven polaco había contribuido al progreso científico del país y formado un grupo de buenos discípulos en la ingeniería de minas, aunque sus excursiones por nuestras montañas habían abierto senderos nuevos a la geografía y a la geología; aunque sus obras ya llamaban la atención en Europa, lo que dió a Domeyko notoriedad en Santiago fueron sus escritos *Sobre el modo más conveniente de reformar la instrucción pública en Chile*, aparecidos en 1842. En ese mismo año, la Universidad de

Chile había abierto sus puertas por la mano de Andrés Bello. Ella recogía el cetro de las letras, las artes y las ciencias. Si bien era un cuerpo académico, le incumbía principalmente la tuición de la enseñanza primaria, secundaria y especial, y era una de sus preocupaciones zafarla del anticuado sistema en que se desenvolvía. Domeyko con ese escrito se levantaba como un reformador al señalar la orientación que debía dársele a cada uno de esos grados de la enseñanza. ¿Cuál debía ser el objeto de la ilustración? Domeyko la definía así:

“Cualquiera que sea el sistema que el gobierno adopte para fomentar la instrucción pública, me parece que el principal objeto de sus solicitudes no debe ser igualar a las otras naciones o sobrepajarlas en la civilización, ni tampoco generalizar entre los habitantes las profesiones lucrativas que tiendan a mejorar su bienestar. Pienso que la instrucción pública, libre de toda vanidad nacional y de las miras materiales, debe antes de todo tomar en consideración el bien moral del país, la estabilidad del orden y de las instituciones, la formación del carácter nacional y el desarrollo progresivo de las inclinaciones más nobles de los habitantes. Sólo la ilustración puede dar a conocer al hombre que, a más del natural derecho, tiene también obligaciones sociales que se arreglan y se determinan por las formas de las instituciones mismas. De este modo se introducen el respeto y la sumisión a las leyes, sin organizar el espíritu de esclavitud; y el hombre gozará de su interior libertad, sabrá aspirar a toda libertad nacional, sin trastornar las relaciones existentes o cambiar la realidad del mundo contra las utopías. En una palabra, la verdadera perfección, a la cual debe aspirar un pueblo mediante su instrucción pública, consiste en una sumisión al orden y a la ley *por convencimiento*, en el amor a la humanidad en los ricos, como también en el sentimiento de la verdadera dignidad de la naturaleza humana, y en el uso recto de la razón en todas las clases”.

Después criticaba con estas palabras nuestro sistema:

“Pero confieso que ningún defecto me ha parecido más chocante en la instrucción actual en los colegios, que el que proviene de ciertas preocupaciones respecto de la utilidad del estudio, y del objeto que se ha de proponer en esta instrucción. Se cree comúnmente que no se debe estudiar el latín, sino para ser abogado

o para ordenarse; que se estudian las matemáticas para ser agrimensor; que se estudia la química para saber ensayar; se estudia la aritmética para ser comerciante; y los demás estudios se consideran como cosas de conveniencia y de moda. Resulta de esto que los padres de familia mandan a sus hijos al colegio del mismo modo que los artesanos mandan a sus hijos a los talleres de maestros para que aprendan algún arte para ganar plata. Un joven debe tomar amor al estudio por la noble ambición de desarrollar sus facultades intelectuales, en elevar su carácter moral. Si desde temprano se infunden en su tierno corazón y en su imaginación viva, miras materiales de interés y egoísmo, se comprime muy pronto y se ahoga su talento, se apagan sus deseos intelectuales y de balde se espera de él que prosiga sus estudios y se perfeccione, luego que empiece a ganar plata.

“Siento no estar bastante versado en el castellano para decir todo lo que pienso en este asunto. Advertiré solamente, que un reglamento de estudios que prescriba a todos los alumnos, sin excepción, pasar por las clases y estudiar todo lo que se les enseña, sin poder escoger los cursos que les agradan; un reglamento de esta naturaleza ya pudiera en gran parte hacer desvanecer aquellas preocupaciones”.

Domeyko pensaba que la instrucción colegial, como él la llamaba, debía formar en el hombre futuro la voluntad, la razón y el gusto.

De la enseñanza universitaria decía:

“Toda Universidad es y debe ser una institución o establecimiento de enseñanza como lo son los colegios, con la diferencia que la instrucción universitaria es más elevada, dirigida hacia unos ramos de erudición especial, y en que se hacen particularmente los estudios que puedan formar un destino, una profesión literaria, capaz de dar pan al alumno; por esto mismo suelen llamar los alemanes estos estudios *brod studien*, estudios que dan con qué ganar la vida; como son los estudios de abogado, de médico, de ingeniero, de profesor, etc.

“Pienso que en general, en un país donde se quiere fomentar la ilustración, y en que todavía no sobran los hombres dedicados exclusivamente a la carrera literaria, toda institución científica que no es de enseñanza, no puede producir provecho inmediato:

